

Moncho acaba de encontrar al protagonista de su próximo largometraje. Resulta que nada más empezar a barrer se lo encontró cantando y saltando de alegría. Una fuerza poderosa, como un imán, le había hecho acercarse a él. Sus ojos brillaban como diamantes, y su sonrisa era la más espléndida que nunca hubiera llegado a imaginar. Nada más verle pensó que no era habitual encontrar en estos tiempos miradas llenas de felicidad a rebosar. La música brotaba de su cuerpo y de su boca, improvisaba y enlazaba diferentes melodías sin el menor esfuerzo. Parecía Gene Kelly bailando bajo la lluvia, saltando de un banco de piedra a otro y subiéndose a las farolas. Algo así no hubiera imaginado que podría sucederle ni en sueños. Él mismo se había puesto a acompañarle, utilizando la escoba como pareja de baile y apoyándose en ella para saltar. Los grupos de jóvenes que andaban aún por allí a aquellas horas de la mañana, les grababan con el móvil, como si se tratara de un gran espectáculo. Hasta entonces nunca se había creído capaz de representar una comedia, y de repente se planteó que quizás no fuese tan difícil. Según Woody Allen la fórmula era simple, tragedia más tiempo, y al parecer tenía toda la razón. Cuando se terminó la función, al entablar conversación con aquel treintañero de aspecto tan singular y sugerente, comprobó que así era. Resulta que toda su vida había supuesto una tragedia desde que tenía dos años y sus padres se habían separado. Su padre era argentino de origen italiano, y su madre de ascendencia española. Tras la ruptura, ella había regresado sola al país del que procedía su familia. Pero por orgullo, no había querido retornar al pueblo de sus abuelos, y había criado a su hijo sola trabajando en Madrid como modista. De niño, siempre rodeado de mujeres, viéndolas únicamente pendientes de sus vestidos y del espejo, había generado hacia ellas una especie de aversión. De jovencito tenía mucho éxito entre las chicas, pero las rehuía por considerarlas estúpidas y vanidosas, prefiriendo consagrar su tiempo a la música. Sin embargo un día había aparecido en Venecia, en la famosa plaza con su mismo nombre, el amor de su vida. La tragedia se produjo para él el día que la abandonó, precisamente el de los atentados de Atocha. Tras cuatro años absolutamente enamorados, ella le había pedido que antes de marcharse tratara de dejarla embarazada, para que al menos conservara un recuerdo para siempre de su amor, y así fue. La mujer que le había seducido era la típica rubia teñida, una especie de demonio, estúpida, vanidosa e indolente, que trabajaba para Bankia. ¡Cómo no, los malos de la película!, se decía. Durante seis años había vivido en un piso del barrio de Salamanca, comido jamón ibérico a diario, y viajado cada agosto a los rincones más exóticos del planeta. Era músico y había creído que junto a ella conseguiría tocar con los mejores. Pero a su lado llegó a sentirse el más fracasado y miserable del mundo. Tras narrarle su vida, le había pedido dinero prestado para llevarle flores a su amada, con la que había decidido volver y nunca más abandonar. Y él, convencido de que acaba de encontrar al protagonista de su próximo largometraje, se lo había ofrecido sin rechistar.